

AC 01 191

Vamos a explicar la lírica medieval de acuerdo con textos escritos por la profesora Sagrario Rodríguez Martín Montalvo. Hablaremos sobre todo de las coplas por la muerte de su padre, de Jorge Manrique. Es interesante tenerlas a la vista de cualquier libro donde las encontréis o bien de la adenda de textos literarios.

Entendréis mejor algunas de las explicaciones que vamos a dar sobre las coplas de Jorge Manrique. Haremos el comentario de textos de estas coplas para que nos sirva como ejemplo de cómo se comentan los textos de piezas líricas. La lírica castellana está marcada por el tema de la muerte, como vamos a ver esta noche.

Vamos a ocuparnos de la muerte. La lírica en España, aún no castellana, ¿a cuándo hay que remontarla cronológicamente? La lírica española es tan temprana como tardía lo es la castellana. Realmente debiéramos detenernos en las jarchas mozárabes de fines del siglo X por su encanto y frescura y porque con su hallazgo vemos cantar en español un siglo antes que en la Provenza se formaran las cortes de amor que habían de instaurar en el resto de Europa la llamada galla-ciencia, origen de la lírica occidental.

En esa tradición occidental hay que situar la poesía trovadoresca catalano-lemosina y las cantigas de amor y de amigo gallego-portuguesas, tradición y prestigio que aún perviven en los cancioneros castellanos de fines del siglo XIV hasta mediados del XV. En la composición lírica más antigua, escrita en castellano, encontramos influencia provenzal a través de Cataluña con bastantes rasgos más estilizados, propios del dulce estilo nuevo italiano. Es la composición que fue bautizada por Ramón Menéndez Pidal con el lírico título *Siesta de Abril* escrita hacia finales del siglo XIII y que al parecer resulta ser una alegoría finísima de la Eucaristía.

En los milagros de Nuestra Señora, de Gonzalo de Berceo, encontramos apuntes líricos donde se funden el gusto por el paisaje y la alegoría religiosa. Pero la emoción estética que pueden despertar en nosotros, aún con todas las concesiones al gusto primitivista es más bien de índole arqueológica. Tampoco vamos a entrar en los cancioneros de Baena y de Estúñiga, en los que se recogen composiciones de fines del siglo XIV y del siglo XV y que aún no son sino eco de la poesía trovadoresca, derivada de la provenzal.

Los temas son, como dice Rafael Lapesa, temas de circunstancias, querellas amorosas de corte frívolo y maldecires cortesanos en los que solamente se atiende al concepto alambicado y apenas podemos encontrar un verdadero tono emocionado. No obstante, cabe encontrar en ellos el magma poético del que nos habla Damas Alonso en su ensayo sobre poesía española. Esa especie de tanteo colectivo del que surge muy de vez en cuando la voz auténticamente inspirada, que por su calidad estética y emotiva sabe recoger lo esencial de su tiempo, que ha de atravesar todas las generaciones con validez universal.

La lírica en España nace con las jarchas mozárabes de fines del siglo X, la poesía trovadoresca

catalano lemosina y las cantigas de amor y de amigo galaico-portuguesas. Es posterior la lírica escrita propiamente en lengua castellana. Así, los milagros de Nuestra Señora de Gonzalo de Berceo o los cancioneros de Baena y de Estúñiga.

La lírica, propiamente castellana, ya en lengua castellana, más que auténticamente medieval, es más bien el broche, el cierre de la Edad Media. Por eso, apuntan en esta lírica albores del sentir humanístico, un prerrenacimiento. Así, pocas composiciones poéticas han despertado tanto eco e interés como las coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre.

De sobrio decir, resumen del sempiterno sentir humano ante el enigma de nuestro destino. Nuestras vidas son los ríos que van a nadar en la mar, que es el morir. El devenir de la vida, ese fluir hacia la muerte, fue punto de meditación en la filosofía heraclitana.

Ese detenerse ante el final del hombre es realmente el origen de toda filosofía y también el punto de partida para toda meditación religiosa. Luego hablaremos de las fuentes y del mundo ideológico y religioso del que emerge Jorge Manrique en sus nunca superadas coplas por la muerte de su padre. No podemos ofrecer su lectura completa por lo extenso del poema, pero podéis tenerlas a la vista, como hemos dicho al principio del programa.

Y junto a Jorge Manrique, en este momento poético, momento poético que hemos caracterizado de ser de una especie de humanismo prerrenacentista, un broche o cierre de la Edad Media, es decir, este es el marco histórico y cronológico del surgimiento de la lírica castellana, no podemos olvidar tampoco, junto a Jorge Manrique, al marqués de Santillana, Juan de Mena y al genovés castellano Miser Francisco Imperial. Pero como hemos dicho antes, vamos a ocuparnos sobre todo de las coplas de Jorge Manrique. Tenedlas a la vista para seguir el comentario.

Consta esta obra manriqueña de 40 coplas, cada una de estas consistente en una doble cestilla, llamada de pie quebrado o manriqueña. Toda ella puede considerarse como un impresionante monumento funerario destinado a ennoblecer la imagen moral de su padre, don Rodrigo Manrique, maestre de la Orden de Santiago. Y puede también, desde la retórica tradicional, ser considerada como una epopeya sin parangón posible en lengua castellana.

Dentro de la lírica es la más representativa elegía funeral. Como monumento funerario vemos la efigie del maestre destacarse y elevarse sobre un pedestal formado en su base por una humanidad que corre hacia una muerte igualadora, en lucha ciega contra el poder del tiempo que determina la fugacidad de los valores terrenos. La riqueza, la juventud con su hermosura e incluso la fama.

Estos valores son invocados y aparecen con su efigie remota encarnados en personajes célebres de la antigüedad y poetas, filósofos y reyes que no tienen nombre. En relieve más cercano a nosotros, con un acierto poético adivinador de la perspectiva histórica, vemos desfilar cortesanos y damas de los dos reyes castellanos más próximos en el tiempo, invocados no por sus nombres, sino por los atributos más estimados por ellos, que por terrenos y

temporales son igualmente perecederos. La galanura, la destreza en los caballeros, la coquetería en las damas, sobre sus caras borrosas sugeridas en... Tantos duques excelentes, tantos marqueses segundos e varones, como vimos, tan potentes, di muerte, do los escondes.

En la copla 27 emerge, soberbia y sobriamente retratada, la figura del Condestable dialogando primero con la muerte, elevando después su plegaria a Cristo y despidiéndose por fin de los suyos, que en vista de sus nobles cualidades, enumeradas en las coplas de la 25 a la 28, y de su vida ajustada al ideal de caballero cristiano de su tiempo, en vista de todo esto, los suyos quedan consolados con la presencia de su memoria. La estructura del pensamiento es perfectamente lógica. Va de lo general doctrinal a la aplicación de la doctrina en lo particular.

Sin embargo, esta lógica no destruye, sino que acentúa, la resonancia emotiva que despierta en nosotros la contemplación de este sobrio y a la vez grandioso monumento funerario. Críticos y poetas de todos los tiempos han tratado de fijar en qué consiste esta resonancia, este extraordinario poder con que las consideraciones de Jorge Manrique sobre la muerte, su justeza en la sugerencia invocadora de ambientes por él vividos, han subyugado y subyugan al lector de siempre. Las consideraciones en sí sobre la muerte, la fugacidad de los bienes de este mundo, no son en realidad nada original.

Ya Inocencio III, contemporáneo de San Francisco de Asís, y en la primera mitad del siglo XIII, había generalizado en la Europa cristiana con el *De Contemptum Mundi*, la doctrina de Boecio, que no era sino la aplicación moral del eterno fluir de las cosas, de que hablaba ya Heráclito en el siglo VI a.C. Los textos de Heráclito, llamado El Oscuro, han dado lugar a diversas interpretaciones, pero entre sus símbolos no encontramos el mar, sino el fuego como final de todas las cosas. Fue Machado el que, quizás por influjo de Bergson, conectó en su mente la expresión de Manrique, nuestras vidas son los ríos que van a dar el namar, con la frase que viene atribuyéndosele a Heráclito, todo corre. Pero, de todas maneras, no es en modo alguno fuente de Boecio.

Las escuelas filosóficas hasta el siglo IV, en que Boecio escribe su consolación de la filosofía, fueron múltiples en Grecia y Roma. Sin embargo, esta obra sí parece muy probable que ayudara a la conformación moral del poeta, porque formó parte de la biblioteca de su familia. Sobrio y grandioso monumento funerario son las consideraciones de Jorge Manrique sobre la muerte en las coplas por la muerte de su padre.

La fugacidad de este mundo es un tema que se remonta en el pensamiento religioso al siglo XIII con Inocencio III, aunque de ello se había ocupado Heráclito, del eterno fluir, seis siglos antes de Cristo, y también Boecio en el siglo IV. De todos modos, el tema de la fugacidad, que asimismo será motivo de inspiración en el Renacimiento, aunque con connotaciones diferentes, ya lo veremos al hablar de Garcilaso y del Renacimiento, era, en la Edad Media, como un redoble en la conciencia del hombre. El ¿Dónde están? o ¿Ubi sunt? para preguntarse por las personas desaparecidas por la muerte es la pregunta úlica, escolar.

A ella responden también las otras interrogaciones retóricas. ¿Qué se hizo? ¿Qué se hicieron?

¿Dónde iremos a buscarlos? ¿Qué fueron sino rocío de los prados? ¿Qué fueron sino devaneos? Todas ellas implican una negación, y hoy, una vez que las formuló Manrique, parece que lo estuvieron siempre. Ese es su mérito.

La pregunta inicial sí se la había hecho siempre el hombre, sobre todo el hombre de la Edad Media. Primero, porque la Alta Edad Media fue dura de vivir, y necesitó una apertura a la esperanza de un mundo mejor. Surgía como una necesidad de tipo existencial.

Todos los pesares acaban con la muerte. Hay que pensar en aquella Alta Edad Media feudal, en la que el hombre europeo medio atravesaba los grandes fríos, las noches interminables, las guerras, los pillajes del hombre fronterizo, las grandes enfermedades sin apenas remedios de la medicina, los tedios sin apenas fiestas para la vida, porque el ingenio aún apenas disponía de muy poco folclore. La poesía clásica latina había sucumbido.

Apenas muy pocos libros se conservaban y copiaban en los monasterios. Estos eran fríos, y en ellos el monje, hombre único que mantenía interés por la cultura, por el trabajo, que sentía sobre sí el peso de la responsabilidad social, pensaba y sentía con esa sobriedad de la vida también castrense que Jorge Manrique acierta a expresar. Este mundo es el camino para el otro que es morada, sin pesar, mas cumple tener Buentino para andar esta jornada.

Después, en la Baja Edad Media, cuando la burguesía empieza a florecer, el hombre agrupado en las ciudades ha ido defendiéndose del forajido. El forajido era hombre que, por la circunstancia que fuere, había sido desterrado fuera de los muros de la ciudad. Fora he sido.

El hombre de las ciudades también ha ido defendiéndose de las exigencias excesivas del señor feudal. Ha ido liberándose de la prohibición eclesiástica de organizar negocios con el esfuerzo humano. Y ha ido acrisolando la banca.

Con todo lo que esto implica, la vida se va haciendo muelle, amable. Pero, y a esto responde el de Contemptum Mundi, la iglesia continúa recordándole al hombre que esa vida, ahora amable, se acaba. Y lo que es peor, el hombre feliz, aún hoy, lo comprueba.

De esta nueva vida placentera, surge la melancolía que impregna los versos a que antes aludíamos. ¿Qué se hizo el rey don Juan? ¿Los infantes de Aragón? ¿Qué se hicieron? ¿Qué fue de tanto galán? ¿Qué de tanta invención? ¿Qué trujeron? Naturalmente, el hombre medio de estas ciudades no solía vivir tan placenteramente, ni era hombre dado a la reflexión. La consolación de la filosofía de Boetio, que a Manrique le inducía, como después veremos, a resignarse con un final irrenunciable, para el hombre medio del burgo adquiriría otros tintes muy diferentes.

La muerte le ofrecía lo consolador de que por fin algo en su destino le parangonaba con el privilegiado. Y el acuaresma recordaba con regocijo lo nivelador de ese final, que también Manrique nos recuerda, integrándose con la voz del pueblo. Nuestras vidas son los ríos que van a nadar en la mar, que es el morir.

Allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir. Allí los ríos caudales. Allí los otros medianos y más chicos, allegados son iguales, los que viven por sus manos, y los ricos.

Esta voz del pueblo contaba ya con las famosas danzas macabras, que se representaban en toda la cuaresma europea. Nosotros contamos con una del siglo XIV, y Jorge Manrique la conocía bien. En esta danza de la muerte castellana, la voz macabra es brutal.

El que la compuso se deleitaba con un sentimiento pornográfico, sádico, en la crueldad de la muerte. Oigamos un fragmento. Pues no hay tan fuerte, ni inrecio gigante, que de este mi arco se pueda amparar.

Conviene que mueras cuando lo tirar, con esta mi flecha cruel, traspasante. Jorge Manrique, hombre cultivado, y en estas coplas genial, adelgaza los recursos expresivos dentro de su misma gravedad. Ya no hay rudeza en la voz de la muerte.

Pero la muerte sigue siendo como una diana cazadora. Seguramente este fragmento ha inspirado un maravilloso poema machadiano, en el que el poeta le dice a la muerte. Arde en tus ojos un misterio, virgen esquiva y compañera.

Danzas macabras medievales representadas en Cuaresma. Jorge Manrique conoció bien una de ellas, la danza de la muerte castellana del siglo XIV, que presenta un sentimiento sádico en la crueldad de la muerte. La muerte para Jorge Manrique es una dama, la dama esquiva posterior de Machado.

Manrique ya no habla con rudeza, pero posee los mismos atributos hirientes de la danza castellana. La voz que medita recuerda también el arco mortífero cuando dice. Cuando tú vienes airada, todo lo pasas de claro con tu flecha.

De donde se infiere que Jorge Manrique tuvo bastantes fuentes de donde ir sacando las coplas. Se ha hablado también de su deuda para con su tío, don Gómez Manrique, en varios plantos. Incluso la estructura métrica, la sextilla de pie quebrado, está también en don Gómez y en Juan de Mena.

Y antes que don Jorge dijera. Cuán presto se va el placer, cómo después de acordado da dolor, cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor. Dante, en el canto quinto, en el infierno de su divina comedia, había proferido unos versos también imperecederos.

No hay mayor dolor que recordar el placer en el sufrir. Dante es la cumbre de la literatura universal, quizás solo alcanzado en la lírica por San Juan de la Cruz. No podemos, por tanto, referirnos a él como a ese magma poético del que antes hablábamos.

Pero refuerza lo que decíamos de que las grandes voces de la poesía dan forma no ya al sentir de su tiempo, la palabra esencial en el tiempo, que decía Machado, sino que cuando de verdad son la cúspide, como lo son Manrique y Dante, dan forma al sentir humano por encima del tiempo. Don Gómez Manrique hoy nos interesa solamente en cuanto que preludia la voz de

Don Jorge, valedera hoy también. Mena, a su vez, nos exige trasladarnos a aquel humanismo cargado de hipérbatos latinistas, de simbología mítica grecolatina, muerta hoy para nosotros irremisiblemente, y además no acierta ninguno a sintetizar con esa esencialidad tan característica del genio castellano una visión certera de la vida y de la muerte.

La muerte niveladora de ricos y pobres, de reyes y emperadores, si por una parte parece como si aniquilara todo clasismo, todo privilegio de cuna, por otra parte nos inhibe de todo afán y estímulo de superación. Por lo menos en su exhortación doctrinal, que es sin duda la parte del poema más emotiva y de mayor resonancia en el ánimo de todos. Parece como si la vida toda estuviera contemplada desde la muerte.

Nadie se escapa de un cierto sentir desesperanzado, precisamente por su maestría y por su sobriedad en el empleo de las figuras retóricas en su copla inicial. Recuerde el alma dormida, avive el seso e despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando. Y luego, de refuerzo, en la copla segunda.

Es cierto que nadie escapa al sabor amargo de esas coplas. En eso estriba precisamente su valor artístico. Se trata de comunicarnos un ánimo apesadumbrado, nada menos que por la muerte de un padre.

Y no hubiera conseguido conmovernos a todos si entra de lleno a contarnos su caso particular. Nos conmueve, precisamente, por la parte que nos toca. En cuanto a contemplar la vida desde el final, la muerte, es sólo en la parte inicial, que ciertamente es la que más pesa en nuestro ánimo.

Hay una reiteración de la misma idea, expresada con la exhortación doctrinal a que aludimos, y más aún con las preguntas retóricas de que antes hablábamos, para invocar seres y modos, un día vivos, y que en las coplas aparecen ya sin rostro ni nombre, para recalcar su condición de sombras, porque todos ya no son sino recuerdos. Como dice el eclesiastes, que sin duda leían en la Edad Media, y que también leyó Machado. Todo vanidad de vanidades.

Hoy el curso de acceso para mayores de 25 años. Tiempo que, recordamos una vez más, comenzará mañana a las 9 de la noche. Será un programa especial que dentro del área de geografía e historia, estará dedicado a analizar el fin del antiguo régimen.

Os esperamos mañana a partir de las 8. Vida y Salud, Informática, el Espacio Informativo de la Facultad de Ciencias y el programa especial del curso de acceso, ocuparán mañana estas dos horas y media de radio que realiza la UNED.